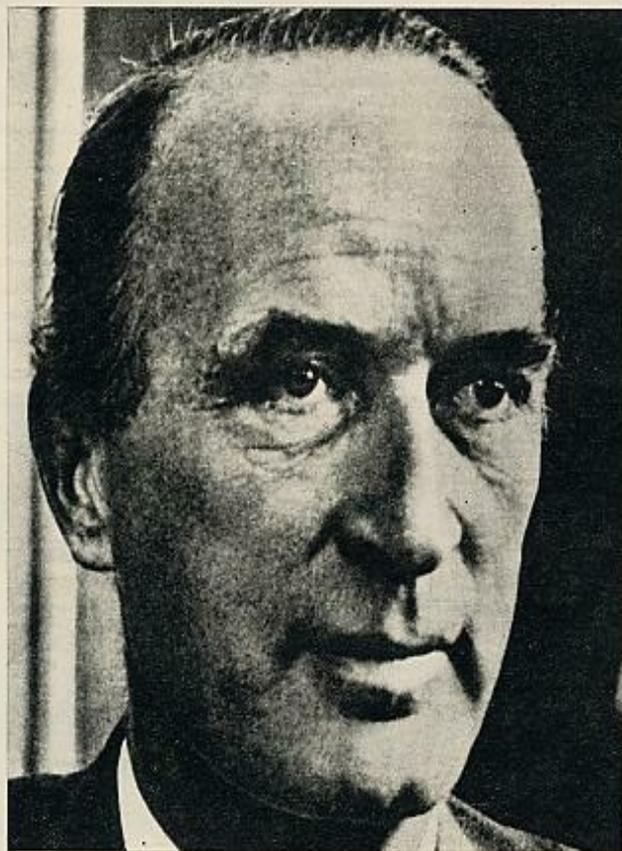


EL ULTIMO KRUPP

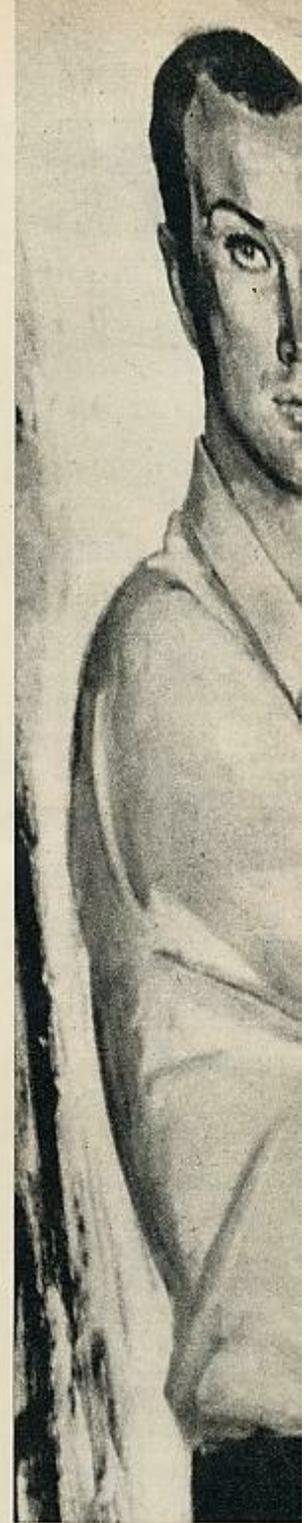
Desde 1811, el nombre de Krupp ha estado estrechamente ligado al de Alemania como nación. La industria que había nacido como simple fundición de acero se extendió pronto a campos adyacentes —minas, construcciones metálicas— y se especializó en el más terrible de los negocios: la fabricación de armas. La casa Krupp ha sido acusada muchas veces, desde los países aliados —especialmente desde Francia, víctima eterna de los cañones fabricados por Krupp— de forzar las guerras, dado su peso sobre la diplomacia y la política de Alemania. Alfred Krupp von Bohlen und Halbach, que acaba de morir, era no sólo el heredero de la firma, sino de la tradición. La firma, prácticamente, había dejado de pertenecer a la familia para pasar al control del Estado, pero Alfred seguía siendo considerado como uno de los hombres más ricos de Europa. En 1964, su cifra de negocios había sido de seis mil millones de marcos. Durante el régimen nazi había sido miembro del consejo de armamento, presidente de la Friedrich Krupp, miembro del presidium de la unión del Reich para el carbón. En 1945 fue hecho prisionero de los aliados y principal acusado de lo que se llamó el «proceso Krupp». El fiscal americano pronunció estas palabras para definirle: «... ha puesto en juego su nombre, su prestigio y su apoyo financiero para llevar al partido nazi al poder en Alemania, apoyando su programa fácilmente visible de desencadenar una nueva guerra. Después del principio de la guerra, de las que los dos Krupp, tanto Gustavo von Bohlen como Alfred, son directamente responsables, dirigieron la industria alemana violando todas las leyes internacionales y todos los tratados: empleaban trabajadores forzados que habían sido hechos prisioneros en casi todos los países de Europa ocupados por Alemania y que habían sido deportados. Hay una montaña de pruebas que muestran que esos obreros, confiados a la guardia de Krupp y al servicio de Krupp, han sido subalimenta-

dos, obligados a trabajos excesivos, maltratados y han sufrido condiciones inhumanas». Su resumen era que el «konzern» Krupp «es el símbolo y el beneficiario de las fuerzas del mal que han amenazado la paz en Europa». Las 81 fábricas del complejo empleaban a 250.000 prisioneros como trabajadores forzosos y tenían sus propios campos de concentración privados, donde murieron millares de ellos. En 1942, según una carta que obró como prueba en el proceso, se disponía a iniciar la fabricación de material de guerra en el tristemente célebre campo de concentración de Auschwitz «con mano de obra puesta a nuestra disposición por las SS», según dice la carta. Alfred Krupp fue condenado a doce años de prisión y a la confiscación de sus bienes; pero fue liberado y las fábricas le fueron devueltas, por demanda especial de Adenauer y su Gobierno a los americanos para que continuase la fabricación de armamentos. El imperio fue totalmente reconstruido, y las fábricas

Krupp se dedicaron a la construcción de aviones de caza, en cooperación con la United Aircraft (americana), aunque dedicaron la mayor parte de sus esfuerzos a la creación de camiones y máquina herramienta. Krupp ha sido un gran suministrador de los países en vía de desarrollo. En los años 1964 y 1965 hizo grandes esfuerzos por introducirse en los países comunistas, especialmente en Polonia y en la URSS. Trataba de implantar industrias Krupp en dichos países, como un medio de escape a las leyes contra los monopolios del Gobierno federal alemán que, poco a poco, iban devorando sus fábricas. Sólo obtuvo un contrato para la fabricación de un conjunto petroquímico para la URSS, por 50 millones de marcos, y algunos acuerdos con Polonia y Hungría poco significativos. Finalmente, las industrias Krupp cayeron en manos del Estado alemán, que las controla ahora; un año más tarde, Alfred von Krupp ha muerto sin poder legar a nadie su nefasta tradición.



Arnd von Bohlen y Halbach, el



**Por qu
renunci
a
gigantesc
imper
industria
d
su famili**



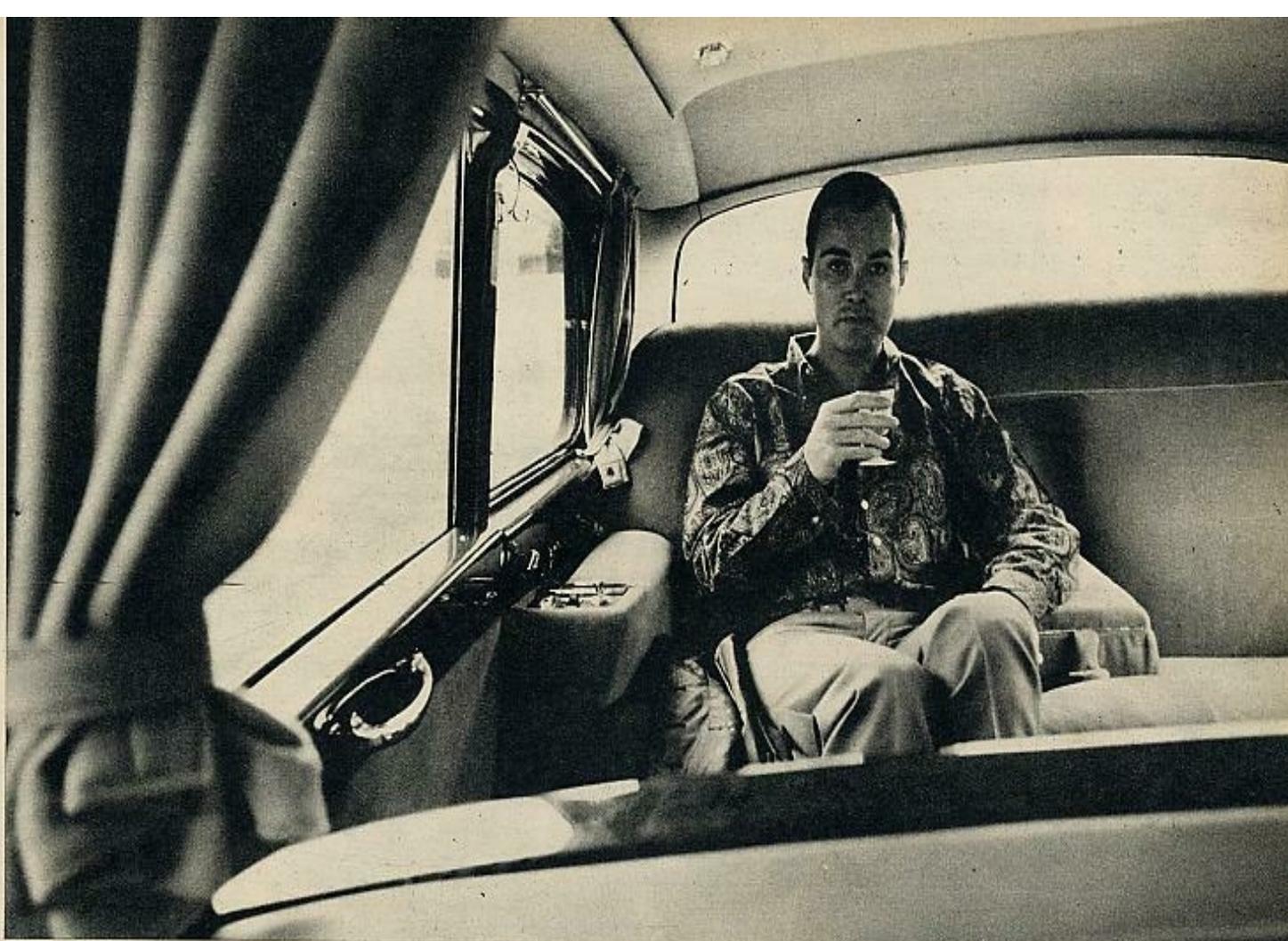
o de Krupp posando para Alejo Vidal-Quadras, el retratista de la alta sociedad internacional. El joven Krupp se asemeja extraordinariamente a su padre, foto de la izquierda.

EL HEREDERO DE KRUPP

Alfried Krupp ha muerto. Debía haberle sucedido, a la cabeza de uno de los mayores imperios industriales del mundo, su único hijo. Pero éste había renunciado previamente a esa herencia. A continuación ofrecemos una entrevista con Arnd von Bohlen and Halbach, el heredero de los Krupp, sostenida sólo unos días antes de que muriera Alfried Krupp.

ES posible que Arnd von Bohlen y Halbach, el joven Krupp, único vástago del dueño de uno de los mayores imperios industriales de la actualidad, Alfried Krupp, hu-

biera sido aconsejado por su astrólogo al elegir para esta entrevista en Munich aquel cálido día de julio. Nos encontramos con él en su antigua vivienda de estudiante en **SIGUE**



El joven Krupp en su Rolls-Royce «Phantom», con mueble bar incorporado. En la foto inferior, en compañía de Soraya Arnd ha declarado en una ocasión: «Respeto mucho a mi padre y lo encuentro hombre poco corriente. Pero tenemos puntos de vista diametralmente opuestos sobre lo que es la vida». El y su padre se veían poco.



EL HEREDERO DE KRUPP

Bogenhausen, rodeado de muebles dorados de Tailandia, en parte regalos de la Reina Sirikit; y demostró saber de lo que hablaba. Durante diez años de internado y ocho de estudios repetidas veces se sintió frenado, frecuentemente atacado y casi siempre incomprendido. Hoy, con veintinueve años de edad, se ha librado de todo aquello.

PREGUNTA.—¿Qué piensa usted de la evidente amenaza de que termine el imperio familiar de los Krupp?

RESPUESTA.—He leído algo en los periódicos...

P.—¿Quiere decir que usted —el único hijo y heredero de Alfred Krupp— no ha sido informado de ello?

R.—No. En septiembre del pasado año, respondiendo a una petición de mi padre, renuncié a la herencia. Con ello estaba libre el camino que permitiría salvar la empresa como unidad. Porque la empresa nunca habría estado en condiciones de pagarme mi legítima herencia de un cincuenta por ciento en metálico, ya que la fortuna de mi padre consta de valores y de inversiones de capital en numerosas propiedades. Claro que podría alegarse que se podría vender una fábrica... pero intente usted hoy, cuando necesita algunos centenares de millones de marcos para pagar el impuesto sucesorio sobre la herencia, vender una empresa. ¿Quién se la compraría? ¡Nadie!

P.—Pero ha habido impuestos en todos los tiempos...

R.—No debe usted olvidar que, hasta el momento, todas las cuestiones de herencias de la empresa Krupp no estaban supeditadas al código civil. Mi padre tampoco heredó: lo que sucedió es que mi abuela renunció en mil novecientos cuarenta y tres, por propia voluntad, y el que mi padre llegase a ser dueño total se debe a la segunda «Ley Krupp» de Hitler. ¿Quién haría hoy una ley especial de esta clase? Sería el fin de cualquier Gobierno federal.

P.—¿Le ha sido fácil renunciar a su herencia?

R.—No soy un hombre como mi padre, capaz de sacrificar toda su vida a algo que él mismo ignora si aún vale la pena en nuestro tiempo. Además, no soy hombre que se sienta tras una mesa de oficina para ocuparse ininterrumpidamente de una sola cosa. Y no creo que se hubiese podido unir lo agradable a lo útil. En realidad, todos mis antepasados han

tenido que sufrir muchas desgracias por el hecho de ser dueños de una empresa de tal magnitud. Y es con esta tradición con la que he querido romper. Pensé, pues, que si estamos obligados a hacer una donación como la Rockefeller o la Ford, es preferible que yo no tenga nada que ver con ello. Sería algo semejante —le ruego que no se ría de la comparación— a un rey que es depuesto y obligado a desempeñar el papel de presidente, teniendo así que preguntar siempre en cualquier asunto a sus anteriores súbditos lo que debe hacer y lo que debe dejar de hacer.



El rey del acero, Krupp, ha muerto en su propiedad de Essen el 31 de julio, a los cincuenta y nueve años de edad. En la fotografía aparece con Theodor Heuss.

P.—Da usted la impresión de un hombre acomodado que —como es, lógicamente, su derecho— vive con comodidad una vida agradable. ¿Considera que el asunto habría tomado otro aspecto de haberse ocupado usted con más ahínco en los asuntos de la empresa?

R.—Los planes que preveían mi renuncia ya habían sido concebidos desde hacía cuatro o cinco años, si he de ser sincero. A la larga, por cuestiones financieras, habría sido imposible llevar adelante la empresa independientemente. La financiación de falta de capital se hace, en la mayoría de las empresas, mediante un alza de capital. Con nuestra empresa, mi padre tendría que haber pagado esto de su propio bolsillo, lo que, lógicamente, habría representado grandes dificultades.

»En la historia de mi familia, todos mis antepasados, desde el famoso Alfred Krupp, el segundo, que engrandeció toda la empresa, exceptuando únicamente a mi bisabuelo, eran unos infatigables trabajadores. Y

su estilo de vida, hay que reconocerlo, no correspondía de ninguna forma a su fortuna. Así también mi padre tiene dos o tres coches, un barco que no puede presumir de ser muy grande, y vive en una casa semejante a las de sus directores. Los aviones que utiliza son aviones de la empresa, y apenas los destina a fines privados. Yo, en cambio, pertenezco a otra generación.

P.—¿A una generación resignada?

R.—Algo de la historia de mi familia responderá a esta pregunta de mejor modo que una afirmación rotunda:

»Mi tatarabuelo ha creado y cimen-

tado la empresa. Mi bisabuelo la ha engrandecido; pero el hecho de que era mal visto en determinados círculos políticos, hizo que fuese objeto de tantos ataques que murió poco después. Mi abuela tuvo que ver morir a sus hijos en la segunda guerra mundial, y también cómo durante las dos contiendas mundiales la empresa quedaba reducida a escombros y cenizas. Y mi abuelo y mi padre estaban en prisión. Después, mi padre, con su propio esfuerzo, volvió a reconstruirlo todo. Cada uno de estos seres ha dedicado su vida a la empresa y a Alemania. Aun así, él que mi familia en cada nueva situación se haya subordinado a la correspondiente autoridad todavía le es hoy reprochado. Ello tiene que ver, en realidad, menos con la persona del gobernante que con la proverbial obediencia de los Krupp a la autoridad y el pueblo alemán. Y yo quería contribuir también de algún modo a ello. El no poderlo hacer mediante mi trabajo me decidió a una renuncia

que quizá luego contribuya a ser reconocida como mérito.

P.—Se dice que usted dispondrá anualmente de un millón de marcos de la donación.

R.—En efecto, esto sucederá hasta la muerte de mi padre. Más no deseo indicar la cantidad exacta; me parece que la cantidad de dinero que se posea en efectivo no tiene la importancia que se le suele dar. Hay determinado límite en que uno puede gastar lo que desee para llevar una vida agradable y tener aún la posibilidad de crear algo por sí mismo. Opino que toda cantidad que pase de tal límite sólo sirve para crear problemas y pagar impuestos.

P.—Entre tanto se ha convertido usted en un importante hacendado. ¿Por qué precisamente en Sudamérica?

R.—Ya había aprendido español en Méjico, y al ser enviado al Brasil por asuntos de la empresa, inmediatamente me gustó el país. Así, el medio año que yo debía permanecer allí se extendió al doble y, finalmente, compré una hacienda que requería constante apoyo económico. Cuando, a los veinticinco años de edad, pude disponer libremente de mi dinero, agregué a ésta una hacienda vecina que había pertenecido al Gobierno italiano; se encuentra, aproximadamente, a 230 kilómetros al Sudeste de São Paulo, tiene una extensión de sesenta kilómetros cuadrados y promete convertirse en una propiedad que en algunos años dará ganancias.

P.—¿Qué produce la hacienda?

R.—Tenemos una plantación de arroz y una industria lechera de vacas Holstein y cebúes indios.

P.—¿A quiénes más se refiere al decir «nosotros»?

R.—A una sociedad anónima de accionistas. Ya que no soy brasileño ni vivo allí, cinco de los principales empleados tienen una participación nominal, mi madre un dos por ciento y el resto es mío.

P.—¿Su padre lo ha visitado alguna vez allí?

R.—No me ha visitado aún en Brasil, y —si he de ser sincero— la causa de ello es que mi madre vive en la hacienda. Y mi padre desea evitar encontrarse con ella. Como yo no podía —también en atención a las personas que viven

SIGUE



Las dos fotografías muestran al joven Krupp en compañía de su madre, Anneliese, que estaba separada de Alfred Krupp. Madre e hijo viven juntos en la residencia que Anneliese von Bohlen posee junto al lago Tegern. Por su parte, Arnd posee una hacienda en Brasil y es además propietario de varias prósperas empresas comerciales.



allí— alejar rápidamente a mi madre para recibir a mi padre, causa que habría sido de más de un comentario, visité a mi padre en su hacienda en Argentina, al comprender él mi situación. Por Navidades pasamos juntos diez días, y próximamente tengo planeado visitarlo en Sylt.

P.—¿Cómo están las relaciones entre usted y su padre? ¿Está él decepcionado debido a sus intereses por la agricultura, habiéndose negado por ello a hacerlo su sucesor?

R.—Eso no lo ha hecho nunca, cosa que me ha sido confirmada por un colaborador íntimo de mi padre y paternal amigo mío, el señor Beitz. Mi padre es un hombre muy ensimismado, que ama la soledad y no ve con gusto personas a su alrededor. Ciertamente, tenemos muchas cosas comunes, pero no bastan para una convivencia. Prefiero encontrarme con mi padre en el extranjero, porque allí se comporta de modo mucho menos rígido que en Alemania. El peso que gravita sobre sus espaldas al estar en Essen desaparece visiblemente cuando, por ejemplo, estoy con él en su hacienda en Argentina.

P.—En público prevalece la impresión de que las relaciones entre usted y su padre son bastante tensas.

R.—Respeto mucho a mi padre y lo encuentro hombre poco corriente. Pero tenemos puntos de vista diametralmente opuestos sobre lo que es la vida. Además, mi padre pasó largo tiempo en prisión, y entonces lo eché mucho de menos. Precisamente en los años en que para un hijo es muy importante tener un padre, yo no lo tuve. Ello no quiere decir que nos hayamos alejado uno del otro, pero guardamos ciertas distancias.

»Naturalmente, se une a esto que mi padre, como todos los de su generación, fue educado muy estrictamente. Y así ocurre que él, como muchos otros, no comprende a la actual generación, que se esfuerza por comenzar inmediatamente a hacer algo por cuenta propia, una generación que por su tendencia a tener libertad no quiere subordinarse y tiene la necesidad —lo confieso— de buscar diversiones. Ello lleva a mutuas incomprendiones.

»Mi padre notó que yo no me dedicaba a los estudios sobre economía de nuestra empresa con el afán que deseaba ver en mí, con un afán con el que quizá debía haberlo hecho. Pero era algo que no iba conmigo en absoluto. Al preguntarle si no podría dejarlo, afirmó que era una base indispensable para poder



El hecho de haber renunciado a la gran herencia de su padre no implica que el joven Krupp no tenga sus propios negocios.

llevar la empresa como debía ser hecho; así que seguí estudiando. Sólo dejé estos estudios después de firmar el contrato en que renunciaba a mi parte de la herencia, un año antes del examen, porque ya no lo necesitaba. Para aclararle algo más de la persona de mi padre: él, por ejemplo, no pensaría nunca en visitar un baile en Montecarlo, y a mí me ha divertido mucho el hacerlo.

P.—En efecto, no podría imaginarme a su padre acompañando a una actriz de cine.

R.—En efecto, es algo imposible. Respecto a lo que quiere indicar, diré que conocí a la señora Lollobrigida, por primera vez, el día del mencionado baile, gracias a una amiga nuestra, la princesa de Hohenlohe. Sacar de ello otras conclusiones, lógicamente es infundado. Realmente, lo que se ha hecho de ello es ridículo. Encontré a la señora Lollobrigida de nuevo en el carnaval de Río, donde había sido invitada por el Ministerio de Turismo para hacer el carnaval más atractivo.

P.—¿Desea decir algo sobre sus amistades, de las que tanto se ha hablado?

R.—Sí; no sólo se ha hablado,

sino también escrito. Pero se han afirmado cosas feas completamente alejadas de la realidad. Se quiere hacer ahora conmigo lo mismo que se ha hecho con mi bisabuelo. Por cierto que ignoro las razones.

P.—Para finalizar el tema: ¿no tiene usted intenciones de casarse en un futuro próximo?

R.—Sé que un hombre de casi treinta años de edad debería estar casado y tener hijos. Pero, sencillamente, tengo miedo de perder mi libertad. Dos veces creí encontrar la mujer idónea; pero luego surgieron las dudas de si mi elección realmente iba a ser acertada, y cuando aparecen tales vacilaciones, es preferible no casarse.

P.—¿Ha dejado de hacer usted el servicio militar?

R.—Me presenté a los veintidós años de edad, dándoseme el grado de utilidad cinco, con lo que no me quisieron para ello.

P.—¿Es delicado su estado de salud?

R.—¿Quién puede decir por sí mismo que está totalmente sano? Tenía entonces insuficiencia cardíaca debida a una infección de seno maxilar y otra cuestión con el hígado debida a una ictericia.

P.—¿Hay algún trabajo que le agrade particularmente?

R.—Sí, aunque esté aún en trabajos fermentación... pero ya madurará: me agradaría mucho realizar una labor creativa, es decir, artística, algo que realmente responda a mis aptitudes. Así, por ejemplo, colaborar como asistente de dirección en una película o trabajar en algo que tenga que ver con cine, televisión o teatro. Eso siempre fue mi sueño, pero hasta ahora no pude realizarlo. En último término, no importa cómo trabaje uno, sino que sea algo que le divierta, usted también es reportero con alma y cuerpo, y así también desearía ser yo. Antes también me habría agradado ser actor, pero no pudo ser, y ahora ya es demasiado tarde. También me habría agradado estudiar medicina, pero...

P.—¿Por qué no ha hablado nunca hasta ahora de estas cosas?

R.—No se me permitió nunca dar ninguna entrevista. Ahora sí puedo hacerlo, y deseo hacerlo. Porque no doy una entrevista sobre la empresa de mi padre, sino sobre mi persona; y eso es cosa mía...